

## Ni apocalípticos ni integrados

*Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina* de Martín Hopenhayn, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Marisol Vera

No es fácil abordar una lectura crítica de estos capítulos en que los planos de análisis están permeados, como justamente señala su autor, por la confusión y ambigüedad de la realidad bajo el scanner.

Hopenhayn nos invita a seguir la huella de un hilo "áspero y delgado" que nos permita constatar lo irrecuperable y en una misma operación tantear lo reciclable o, como dice más adelante, "trazar las características de la ruptura y detectar los elementos que podrían permitir la recreación en la sociabilidad latinoamericana". Su intención, afirma, no es explicar fenómeno alguno, sino capturar una atmósfera que arroje alguna luz sobre las preguntas de cómo reparar las resignificaciones del futuro colectivo, la relación subjetividad/poder, encauzamiento de las pulsiones emancipatorias ante la muerte de los relatos que las contenían.

Las características del escenario que recorre el hilo es ampliamente conocido: crisis del Estado (bienestar/planificador), pérdida de la centralidad histórica de la lucha de clases, nueva dependencia, fragmentación social y cultural, etc., junto a la recomposición del sistema económico mundial y la globalización de las comunicaciones.

Sin embargo, es aquí, al entrar en el correlato del impacto personal, cultural y social de este escenario, donde se hace patente una confusión difícil de sostener sin una revisión de fondo de la subjetividad o la mirada, o el modelo a la luz del cual se está leyendo esta realidad diversa.

Un modelo, cualquiera, es consistente en sí mismo en tanto sus variables obedecen a la lógica interna que le exige el marco referencial que lo define. No es posible entonces criticar la consistencia de un modelo, usando para ello argumentos que pertenecen a un universo distinto a los que lo definen.

Por otra parte, un modelo es válido en tanto responde a/o interpreta la realidad para la que fue diseñado.

Sobre el recorrido del hilo que nos propone Hopenhayn para capturar la atmósfera de los tiempos presentes, se cierne la ausencia del o los modelos, el ojo que selecciona y ordena los elementos de tal o cual manera.

Si el modelo no está definido, es difícil

no caer en confusiones entre su consistencia y/o su validez, por lo tanto, cualquier atmósfera que se recree es sospechosa de ser caótica u ordenada más bien por la indefinición del ojo que por su propia dinámica.

A modo de simple ejercicio, por supuesto ni exhaustivo, ni con pretensiones de validez exclusiva, propongo que el ojo, el punto de mira que atraviesa la escena social latinoamericana, es el ojo/modelador del valor del consumo como equivalente al bienestar, y que su máximo exponente es la economía de libre mercado, apoyada por la globalización de las comunicaciones, que permite la hiperinformación y el reforzamiento del deseo de consumo.

Gráficamente, podemos imaginar que este ojo/modelo se proyecta en una pantalla repetida *ad infinitum* por los medios de comunicación globales, cubriendo toda la gama de fenómenos mundiales, toda la diversidad de productos que ofrece el mercado: bienes, cultura, política, especies en extinción, manifestaciones, en fin, de lo marginal y lo integrado: imágenes ordenadas, priorizadas, valoradas por el ojo modelador del consumo (valor de cambio) = bienestar social y personal.

A la luz de esta propuesta, podemos releer algunas de las paradojas discutibles que nos plantea Hopenhayn.

*Cuanto más se ventila la confusión, más se recalienta la miseria.*

Triunfante bajo la mirada de los apocalípticos, de los utopistas y de quienes observan la falta de claridad frente a los procesos que regulan el mundo, la sociedad global se desenvuelve con estallidos controlados, en una especie de crisis estable y renovada. El postulado consumo = bienestar sufre embates retóricos y poco convincentes, y reina un desencanto templado, a la par que se intensifica la miseria.

El modelo no estalla; se enraiza y desarrolla distintos tentáculos que lo anclan con fuerza creciente como el único "viable". Ha logrado que todas las miradas se concentren en la pantalla definida por la lógica del bienestar = consumo que propone el modelo, relegando la zona de sombras que rodean su haz de luz, esa zona residual al foco del proyector, a un lugar

inexistente o tal vez incluso incorporado a la pantalla.

Si la única ecuación posible a la ecuación del bienestar pasa por el consumo, no es de extrañar que confunda el que junto con la expansión de las posibilidades de consumo, la miseria se profundice y extienda. Como la resistencia de la miseria dentro de la abundancia no tiene solución dentro del modelo, tampoco es de extrañar la complacencia frente a la confusión, el cansancio ante la invocación de la miseria y la desintegración social y cultural. Están fuera de foco. Corresponden a otra película, el intento de hacerlas calzar dentro de esta sólo puede provocar el desencanto templado a que se refiere Hopenhayn.

*Ahora resulta que la integración desintegra:*

No cabe duda que ante la profusión de opciones de integración, la percepción de la desintegración no tiene parangón en la historia.

El problema parece radicar en que la única integración posible es al Western del mercado, que constituye el objeto de deseo único definido por el modelo, al tiempo que las opciones de integración no están disponibles para la mayoría de la población. Entonces el desencuentro de los que observan:

Quienes no se integran (porque no quieren o no pueden) irán a ingresar al ejército de los miserables, claramente visibles en el rincón de la pantalla que les ha sido asignado. ¿Cómo entonces esgrimir argumentos que no parezcan y no sean trasnochados, contradictorios, desubicados, frente a la construcción de una represa en territorio mapuche, o la tala del bosque nativo, o la reconversión de sistemas de producción agrícola?

Difícil problema; el modelo es consistente.

La pregunta que cabría dice más bien relación con su validez, para la cual habría que interrogar sus premisas. Y pensar qué premisas permiten traer al universo bajo cuestión, aquellos valores cuya ausencia le impiden dar cuenta satisfactoria del problema.

Hopenhayn recoge esta pregunta, al menos parcialmente, en otra paradoja, donde constata que *mientras más nos desarrollamos más crítica se vuelve nuestra calidad de vida.*

Alude aquí a quienes se han subido al carro del progreso y deben enfrentar la contradicción que esto implica en términos de calidad de vida: ¿En capacidad de consumir, qué variables ajenas al consumo invierten la relación?

En otra paradoja, señala: la búsqueda de la centralidad de lo periférico. Esta tiene también un sentido dentro de la pantalla prefigurada: el esoterismo, la búsqueda

de lo tribal, la reivindicación de lo rural, etc., ocupan dentro de ésta el mismo lugar como objeto de análisis que el vitrineo antropológico sobre la prostitución infantil, los animales en extinción, la guerra; curiosidades, intersticios que pretenden hacerse visibles en el sistema (pantalla), desprovistas de su propia realidad o perspectiva; excrecencias contempladas y necesarias de las cuales sólo captamos la imagen a través del prisma que nos impone el ojo selector inicial. Y sólo a través de este, escéptica y desencantadamente, podemos asimilarlas, no como propuestas que forman parte de otra película, que se alimentan de distintas fuentes.

Así podemos afirmar que el modelo supone y por tanto exige desintegración y ausencia. ¿Cómo si no es posible pensar y actuar sobre un universo homogéneo?

No es por tanto un absurdo prejuicio el que nos lleva a descolgarnos del tubo que nos conecta a nuestra propia historia. La conexión podría llevarnos fuera de la pantalla a opciones inaceptables dentro del modelo.

Se cierra el círculo: confusos por la hiperinformación, amnesiados por la necesidad de ser reconvertidos, incómodos por querer ser y vivir luchando por tener, sin poder liberarnos de la necesidad de proyectarnos, pero sin saber en qué, buscando conferir cuerpo a las ausencias e insertándolas en los intersticios; a esta atmósfera le falta algo.

Para los que viven "provisionados" el cambio ha sido sustantivo. Antes de asimilar la ecuación vivían provisionados y con sueños de cambio liberadores de culpa.

Para los que viven en la precariedad, si bien la misma aumenta y se intensifica, tanto en términos relativos como absolutos no se han producido cambios sustanciales.

Es decir, nada de fondo ha cambiado.

La pregunta entonces, cómo resignificar el futuro debiera incorporar antes que nada la pregunta por el ojo modelador; la pregunta por qué otras miradas están ausentes del escenario que se describe y que podrían darnos una mano para repensar el futuro.